

Introducción

Juan Fernando Sellés

“¿Filosofía? ¿Hoy? ¿En la Universidad? ¿Para mí? ¡No tengo tiempo! Eso estará bien, en todo caso, para los congresos, porque los que hablan bien y citan a pensadores famosos son como los floreros que adornan las mesas de las ponencias, que entretienen y hacen la vida agradable, pero que, como lo que dicen no tienen que ver directamente con el tema en cuestión, luego nadie se acuerda de lo que han dicho. Más aún, es claro que tales filósofos se ven a sí mismos como floreros, pues se dedican a ‘echarse flores’ a sí mismos”. Seguramente el lector ha pensado como la persona a la que pertenece la locución que precede. Y enseguida advierte: la filosofía que ofrecen esos ‘filósofos’ tiende a desaparecer, porque filósofo debe ser el que da su vida a la verdad, no quien subordina la verdad a sus intereses académicos.

La denuncia del estado de crisis de la filosofía es antigua, pues atraviesa todas las épocas de pobreza intelectual. Los primeros siglos de nuestra era, por ejemplo, sufrieron una de estas depresiones, tal como lo narra un testigo: Gregorio Taumaturgo: “a tal extremo han llegado todos (los filósofos) que deshonran hasta el nombre mismo de la filosofía, y yo mismo preferiría ser totalmente ignorante, antes que aprender lo que ellos dan a conocer: hom-

bres a quienes en su vida no es digno ni vale la pena acercarse... Al principio no me entrevisté con muchos, sino con aquellos pocos que se ufanaban de enseñar filosofía; pero todos cifraban el filosofar en meras palabras. Orígenes en cambio, fue el primero que me exhortó con sus palabras a filosofar... para ello procuraba apartarnos del ajetreo de la vida y de las disputas del foro, y a que reflexionáramos sobre nosotros mismos”. Si la crítica de este escritor antiguo se hubiese publicado hoy, tendría la misma o mayor vigencia que en su época.

Además, en el escenario europeo, cuna de la filosofía, este saber parece –como advirtió Ortega– no levantar cabeza desde hace tiempo: “¿cómo la filosofía va a pretender que nadie la tome en serio, si ella comienza por dudar de su propia existencia, si no vive más que en la medida en que se combata a sí misma, en que se desvía a sí misma?”. A mayor abundamiento, en nuestro medio parece que la crisis se remonta siglos atrás, como notó José de Cadalso: “a fuerza de usarse esta voz (filosofía), se ha gastado. Según la variedad de los hombres que se llaman filósofos, ya no sé qué es filosofía. No hay extravagancia que no se condecere con tan sublime nombre”.

Además, el atento lector, tras reparar en la palabra ‘filosofía’ se siente inmediatamente inclinado a preguntar: ‘¿qué filosofía?’, porque, aunque hoy parecen expirar todas las ‘escuelas’ filosóficas, como ha habido tantas –tal vez demasiadas– se pregunte de cuál de ellas se está hablando. Sin embargo, como la filosofía tiene como único fin la verdad, carece de sentido hacer ‘escuelas’ en filosofía. Efectivamente, preguntar a un verdadero filósofo a qué escuela pertenece (y así poder encasillarlo) es una tontería, porque la única ‘escuela’ válida en filosofía es la que busca la verdad, venga de donde venga y, consecuentemente, la que rectifica el error, lo afirme quien lo afirme.

Quien hoy abre de buena fe un pequeño libro con este título, anda buscando seguramente una ‘buena’ filosofía, que aclare y

solucione en cierta medida alguno de sus problemas personales de fondo, y también los que las ‘escuelas filosóficas’ han ofrecido, precisamente por lo cual son ‘problemáticas’. No sé si te podré complacer, estimado lector, porque más que filósofo, hago lo que puedo por ayudarte. Aun así, espero que te sirvan estas experiencias (en formación) que te transmito.

Si echas un vistazo a los temas del *Índice*, notarás enseguida que todos estamos interesados en ellos. De modo que todos somos en cierto modo filósofos, aunque hay unos que lo son más que otros: más, lo que más tienen en cuenta esos temas, menos, lo contrario. Advertirás, asimismo, que aquí se atiende no sólo a los temas con los que se ha enfrentado clásicamente la filosofía –realidad, verdad, bien, belleza–, sino también a algunos de los que más preocupan en la actualidad –cultura, ideología, educación, sentido personal–, y a algunos otros que siempre han inquietado y turbarán –destino, religión–.

En cuanto a la materialidad del escrito, en su redacción se han evitado los tecnicismos filosóficos, para que el texto sea comprensible a un extenso público universitario. Con esa misma mira se elude toda carga de aparato crítico en notas al pie de página, y se usa, asimismo, el estilo directo en la exposición.

En fin, estimado lector, si tienes inquietud en saber lo que se condensa en estas páginas eres filósofo. Si en algo te ayudan, me alegro. Si este pequeño texto consigue fomentar todavía más tu inquietud e inconformidad orientando la resolución de tus dudas, ha cumplido con creces su objetivo. Si tras su lectura, buscas o descubres más sentido que el que en ellas se ofrece, comunícamelo cuando quieras, a ser posible en torno a un café...